

lo que hoy sabemos de los mosaicos de la Narbonense pudiera pensarse más en Ampurias que en Narbona, aunque no lo creo probable, y, de todos modos, no veo posibilidades de establecer una relación temprana entre los *consorani* y los *caesaraugustani*. El caso de Valentine (en la ortografía giscardiana) es diferente y cabe hablar de una relación pero no N. a S. sino, en lo que conozco, de S. a N. lo cual, habida cuenta de la historia de estos territorios no es sorprendente. Las relaciones aparecen más evidentes en Montmaurin cuyas relaciones con el valle del Ebro parecen evidentes aunque en algún caso se advierten relaciones con la llamada «Escuela del valle del Ródano» e igual se diga de Auriébat o Lalouette. Ciertamente es que hoy no deben creer en tal llamada escuela ni sus propios inventores pues difícil es hablar de una «escuela» regional cuando sus temas se encuentran por igual en Tripolitania o las proximidades de Lisboa. Me parece distinto el caso de los mosaicos de Tarón y Lescar, en parte, pero insuficientes para poder pensar en una «escuela africana».

El conjunto de las villas de Jurançon, en el Bearn y a pocos kilómetros de Pau capital del antiguo reino de Navarra, es muy curioso. Bastará tener en cuenta sus mosaicos de peces aunque éste no sea un tema específicamente mediterráneo y otros pavimentos, como los de Bielle (probablemente Viella) en la zona de Olorón, entren en el grupo de mosaicos con temas de casetones y muestren semejanzas con otros del valle del Ebro... y también de Renania o África...

No cabe comparar este fascículo con el primero de la serie en lo que se refiere a paralelos y bibliografía pero, aunque sólo fuera por la zona estudiada, podía haberse tenido en cuenta la bibliografía española singularmente en el caso de mosaicos de Aragón y Navarra.—ALBERTO BALIL.

CLARKE, John R., *Roman Black-and-White Figural Mosaics. From the First through the Third Centuries A. D.*, Ann Arbor-London, University Microfilms International, 1980, 8.º, XXX-316 pp., 200 figs.

Este libro es una xerocopia, basada en un microfilm, de la tesis doctoral, *Pb. D.*, presentada, y aceptada, en la universidad de Yale en 1973. Mucho deben haber cambiado las cosas en Yale cuando se concedió el grado de doctor con un trabajo como éste. Ciertamente no son los tiempos de Rostovzeff, Baur o Welles. Tampoco se comprende muy bien, vista la «calidad» de la ilustración, que se haya considerado necesario efectuar una edición en fotocopia y a un precio que, para expresarse con moderación, merece ser llamado «fenicio». Si algunas *láminas*, p. e. figs. 164 a 173, no se hubieran impreso nada se habría perdido pues poco puede aprenderse de un recuadro gris sobre papel blanco. El editor se excusa ya de tales deficiencias, suponiendo que la competencia del lector sabrá subsanarlas, en una especie de «folleto explicativo» que hace temer que el caso de este volumen es más lo habitual que lo excepcional.

Prácticamente el material reunido en este volumen es el de miss Blake *plus* el ostiense de Becatti. Dicho sea de pasada, el autor parece desconocer la existencia de mosaicos «en blanco y negro», con temas figurados, fuera de la Península Itálica. Mucho tiempo debió invertir en la redacción de su trabajo puesto que la bibliografía citada más recientemente corresponde a 1968.

Lo que se considera mayor aportación e interés de la obra es la distinción de «maestros y escuelas». Este es el estilo grato a algunos investigadores americanos hace tres decenios como sucedió con el estudio de Gabriel sobre los «maestros» de la pintura pompeyana (¡1952!) y seguido por algunos italianos, ajenos al estudio antiguo, como

Ragghianti (1963) o Dorigo. El autor no parece haberse enterado de los múltiples rechazos a tales tesis que han venido siendo formulados desde 1952 ni de la existencia de quienes nos expresamos en este sentido. Ante tal disparidad de método y criterio no cabe entrar en discusiones. La visión del autor parece monocular y encerrado en su universo bícromo prescinde de sus relaciones con lo polícromo, p. e. el «estilo florido» y su contrapartida norteafricana, que ya glosaran G. Ch.-Picard y Becatti. Con tales premisas es imposible intentar una valoración de la obra que, a mi juicio, queda en un inventario de cierta utilidad pero que podía haber sido editado con menor extensión y precio más asequible.—ALBERTO BALIL.

BROONER, Oscar, *Isthmia III (Terracotta Lamps)*, Princeton, The American School of Classical Studies at Athens, 1977, 4.º, XII-11 pp., XL láms.-A.

Con este libro a juzgar por el prólogo, el profesor Brooner parece despedirse tanto de la próxima publicación de estudios sobre lucernas, mejor *lych noi* en este caso como de publicar otros volúmenes sobre sus excavaciones en la sede de los Juegos Istmicos.

Hace medio siglo que el profesor Brooner publicó sus lucernas de Corinto (*Corinth*, IV, 1940). Este recensor debió cumplir por aquellas fechas los dos años pero fueron necesarios casi veinticinco para que en España, y por vía indirecta, alcanzáramos a tener la noticia de la existencia de Almeida y gracias a las láminas reproducidas por un investigador portugués cuyos recensores españoles, invocando el nombre de Loeschcke y por ello «confundiendo ciruelas con manzanas» no le trataron demasiado bien. Vivíamos en una fiebre de esquema tipológicos fijos, confundiendo la tipología como seriación, tipo Montelius, cronológica con la tipología «muestra» o «catálogo». Me compadezco hoy del pobre opositor que, como Montelius en su día, intentara justificar ante un tribunal de oposiciones, la validez cronológica del método tipológico aduciendo las modificaciones de los coches de pasajeros en los Reales Ferrocarriles Suecos. Pero aunque Montelius era capaz de hilar más fino, por obvias razones intelectuales, tales personajes no captan la existencia de series paralelas. Montelius no era ingeniero de ferrocarriles pero siempre advirtió que tales «cambios» suecos no coincidían ni con los de las innumerables líneas británicas ni los ferrocarriles imperiales rusos. Pero esto gusta o parece gustar a algunos. Aún se publican ciertos libros, en general de poca consistencia, donde lo importante de un estudio sobre lucernas no es el estudio, es que el autor «aporte o no una nueva tipología». Tampoco es muy sorprendente puesto que para ciertas personas la arqueología es una forma, más o menos rediticia de la filatelia. Recordando al llorado Lafaurie hay demasiado ciudadano que cree que hacer un estudio es, como en el caso de Cohen, dedicar un esfuerzo, útil en tiempos, a redactar una especie de guía telefónica donde los números son substituidos por cotizaciones. En el campo de las lucernas aún no se ha llegado a ésto pero si siguen cultivándolo algunas personas no sé donde llegaremos. Habrá que establecer una especie de «bolsa de comercio» para la contratación de FORTIS, COMMVNIS o C.OPPI.RES en sus variantes decoradas, sin decorar, «Vogel kopf», Kurtzform, nexos o no nexos símbolos..., etc. Algunas personas podrían dedicarse a ello en vez de escribir ciertos libros que no parecen tener otra razón que, cual si de dinastía se tratara, asociar su apellido a un número romano.

Este no es el caso del presente libro. Brooner acepta los resultados obtenidos en el Agora de Atenas, en Argos y en Delos, la labor de Oziol en Salamina no parece haberle sido asequible, pero mantiene en general los principios establecidos al estudiar las lucernas de Corinto y que, por mi parte, considero aceptables.